

El poblado ibérico del Castelillo, Alloza (Teruel)

POR T. ORTEGO Y FRÍAS

Después de la cuidada revisión de los textos clásicos, y a la luz de las modernas investigaciones arqueológicas, parece ser van perfilándose con exactitud las divisiones de los pueblos primitivos de España, así como las vías de penetración y zonas de influencias recíprocas.

Remontándonos a unos 500 años antes de J. C., encontramos el territorio que hoy delimita la provincia de Teruel, ocupado por dos pueblos distintos en raza y procedencia, cuya línea de separación impuesta por la Geografía, se disloca de NE. a SO. por las frías serranías de la provincia, para dejar de un lado, hacia Levante y Valle de Ebro, a los Iberos edetanos, y de otro, hacia las desoladas parameras sobre las que cabalgan las alturas del reborde ibérico, a los Celtas berybraces.

Ambos pueblos se asientan sobre arcaicas culturas preibérica y preceltica, que a su vez, sin solución de continuidad, parecen enlazarse con los remotos períodos líticos.

La larga permanencia de aquellos grandes pueblos históricos en las zonas ocupadas en esta provincia, dió lugar a que, tras ellos, quedasen claros testimonios de indudable valor documental, a los que necesario es volver la vista al tratar de resolver sobre datos concretos los sugestivos problemas que la arqueología provincial nos tiene planteados.

Son ya numerosas las estaciones que, tras inteligentes estudios, evidencian la sucesión de tales culturas, y no son pocas las que, precisamente en la línea de contacto de ambos pueblos, sin cambios importantes durante varias centurias, permanecen totalmente ignoradas.

Ultimamente, recorrimos la zona de transición geográfica que se extiende al N. de la provincia entre las serranías centrales y la tierra baja. En esta zona de agudos contrastes morfológicos, la risueña vega de Alloza, con sus 600 m. de altitud media, es anticipo y deleitable ejemplo de la próspera vegetación y variados cultivos que constituyen la base de la economía en los característicos pueblos bajoaragoneses.

Al NO. del pueblo de Alloza, que en breve altozano ocupa una maravillosa posición, tiende a estrecharse la vega por las estribaciones de las Cinglas y la Umbría del Santo, entre las que se prolongan los terrenos de cultivo hasta asomar transversalmente al río Escuriza, en cuyo curso sigue la dirección general SN. hasta desembocar en el río Martín, del cual es tributario.



Fig. 1. — Plano del «Castellillo» con relación al sector NO. de la vega y poblado de Alloza.
(El punteado corresponde al área de hallazgos.)

Calanda y Andorra son, respectivamente, punto de partida y cruce de la carretera hasta Alloza, y tomando unos dos kilómetros más de su prolongación hacia Oliete, llegamos a un camino de herradura que, bifurcándose a la derecha de la carretera en dirección al término de Ariño, bordea las huertas del «Cañizar» en plena vaguada, y se eleva adaptándose a la topografía del terreno, hasta ganar el espolón O. del cerro denominado «El Castellillo», en cuya cumbre rocosa, de 676 m. de altura sobre el nivel del mar, tuvo asiento un poblado primitivo. (Lám. 1, A y B, y fig. 1.)

Desde el camino de acceso hacia el E., en toda el área del agudo montículo, descubrimos hace algún tiempo, al paso casual por aquellos lugares, los restos del antiguo poblado. Nuestra primera visita fué breve, pero suficiente para reconocer el carácter ibérico de algunos hallazgos. Posteriormente hemos vuelto por aquellos parajes con ánimo de un más detenido examen, y con la impresión recogida sobre el terreno, la información gráfica complementaria y el acopio de restos diversos, hemos creído oportuno ordenar estas notas.

Iniciamos nuestra exploración delimitando el máximo perímetro de la superficie con restos visibles. La extensión de las ruinas abarca desde las erosionadas y pendientes laderas del Castellillo hasta su cresta de volados estratos de areniscas. Los arrastres con vestigios del poblado continúan removidos y triturados por los abancalados terrenos próximos, en los que, entre cultivos de cereales y viñedos, prosperan algunas plantaciones de olivos.

Cruzando su área en distintas direcciones, salta a la vista en los cortes del terreno producido para arrastre de tierras y nivelación de banquetes, y donde la erosión fluvial ha sido más intensa, un estrato carbonoso y manchas del mismo, como claros indicios de que el núcleo urbano, por lo menos en una ocasión, ha sido pasto de las llamas.

La acción conjunta del hombre y de los agentes erosivos ha llegado en algunos lugares a tal intensidad, que ha hecho desaparecer toda huella del poblado.

En contraste con estas zonas arqueológicamente estériles, se encuentran otras en que, a flor de tierra, aparecen fragmentados diversos vestigios; estratos con abundantes restos cerámicos en conglomerado y dispersos testimonios que revelan los sucesivos períodos por que atravesó el poblado hasta su total desaparición.

En la parte del Castellillo que da al S. y al O., todavía se observan refugios naturales al amparo de la erosionada visera de rocas, y por sus laderas afloran cimientos de mampostería, algunos de los cuales quedan colgados en el talud del camino de Ariño.

La vertiente N., rocosa, áspera y de difícil tránsito por su descarnada pendiente, nos sorprende con un amplio corte practicado en sección rectangular de N. a S. en la arenisca dura, que mide 3'55 m. de anchura en su fácil entrada. A los 8'70 m. de longitud, se interrumpe el foso bruscamente y de modo a primera vista impracticable, por el frente perpendicular de la roca tallada de 6 m. de altura por 3 de latitud. (Lám. II, A.)

En una ligera excavación hecha al pie de este lienzo del foso, descubrimos una entrada de corte adintelado, de bastante amplitud, socavada en la roca en la misma dirección que el resto de la obra, lo cual nos reveló

la continuidad subterránea del pasadizo que, bien pondría en comunicación ambas vertientes de emplazamiento del poblado a través del montículo, o socavaría en dependencias diversas la mole arenisca para las necesidades que la vida de aquellas belicosas tribus exigiera.

Relleno de tierra y arrastres, tanto el fondo de la calle como el acceso al subterráneo, no llevamos más allá de este reconocimiento nuestra excavación, en espera de poder realizarla en condiciones más favorables. El conjunto visible de su elemental arquitectura, usada excepcionalmente y con parecido estilo en algunas estaciones ibéricas, nos recuerda, particularmente, calles de comunicación y defensa abiertas en la masa pétreo de la acrópolis de Termancia en territorio soriano.

Más adelante, en lo más elevado de la falda rocosa de este sector N. existen oquedades y breves rellanos practicados para empotrar de vigas y asiento del armazón de techumbres de las que, seguramente, fueron pobres y reducidas viviendas cubiertas de lodo y ramaje.

Hacia la mitad E. de la ladera N., como cortado transversalmente, se interrumpe el potente estrato, ofreciéndose a continuación mayor abundancia de tierras que conservan cimentaciones rectangulares de mampostería con lajas de caliza y areniscas de distintos gruesos, y arranque de paredes de adobe y tapial revestidos con barro por ambas caras, en contados casos enjalbegados y aun coloreados con frisos de arcillas rojas.

Al pie del desnivel transversal que forma la violenta interrupción del piso rocoso, y semiadosada al mismo, descubrimos una escalera de sillería de buena construcción, con peldaños de una o dos piezas alternativamente, que se prolonga soterrada en dirección ascendente. (Lám. II, B.)

Los restos cerámicos son en esta parte extraordinariamente abundantes, y los estratos prometen ejemplares más completos para futuras excavaciones, ya que el terreno no ha sido tan fuertemente afectado por el desgaste erosivo, y las plantas de las viviendas se hallan rellenas de los escombros, entre los que, posiblemente, quedaron sepultados utensilios domésticos durante el incendio del poblado.

Con posterioridad, trastornos geológicos de carácter exógeno, produjeron fracturas y desprendimientos de voladas masas rocosas que, cayendo en parte sobre las ruinas calcinadas, preserváronlas, en cierto modo, de la acción demoledora del tiempo. El nombre propio de este sector «Las Sunsidadas», es decir, «Las Hundidas», parece indicar no debe ser muy lejana la fecha en que se produjo el fenómeno.

Habiéndonos limitado poco más que a una exploración de superficie, el acopio de objetos se redujo principalmente a restos cerámicos que, aun cuando a veces muy fragmentados y de difícil reconstrucción, nos permiten aventurar hipótesis sobre la génesis, influencias y grado cultural conseguido por el poblado en aquellos remotos tiempos.

Provisionalmente, y hasta tanto puedan realizarse excavaciones metódicas para reconocimiento de los estratos infrayacentes, ordenamos los hallazgos en los siguientes grupos, teniendo en cuenta su similitud técnica y artística y sus relaciones con otros descubrimientos de esta índole.

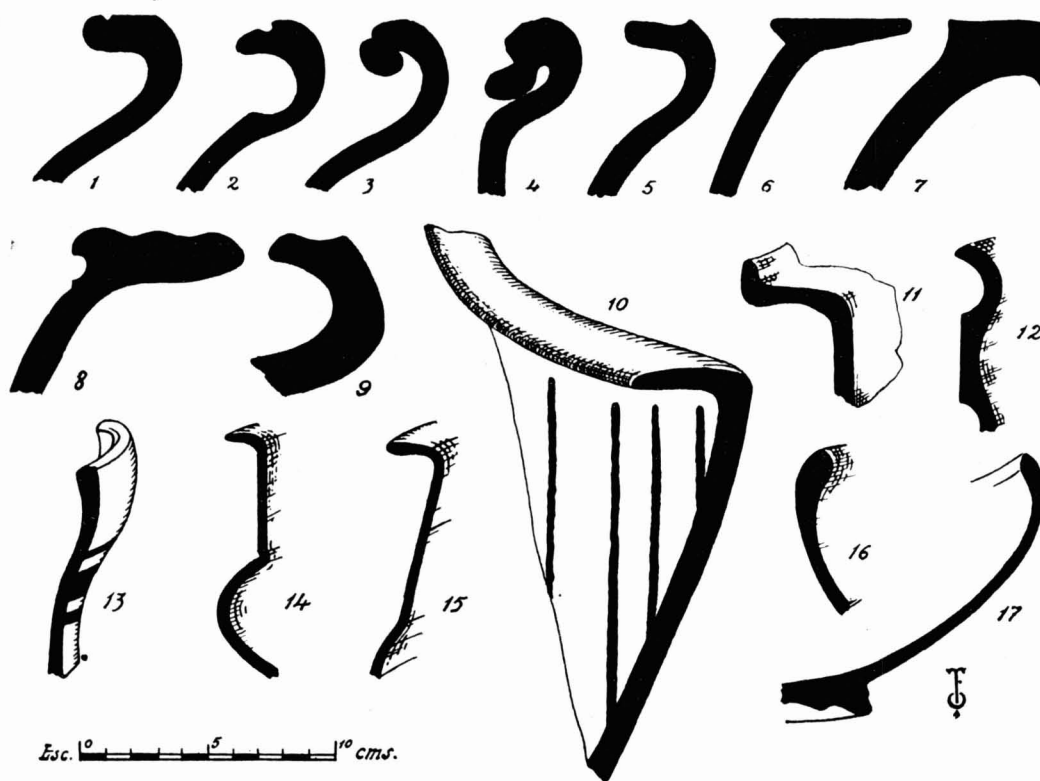


Fig. 2. — Bordes de vasijas y perfiles de diversos productos ceramicos

Pertenece el primer grupo, cuyos ejemplares más representativos reproducimos en la lámina III, A, a recipientes de mediada capacidad y de tendencia esférica, oscilando la amplitud de boca entre 9 y 25 cm.

A pesar de que marcados caracteres hacen parecidos los ejemplares de esta serie, en todos ellos existe alguna diferencia digna de tenerse en cuenta, por lo que procede describirlos aisladamente, siguiendo la numeración con que figuran en la lámina citada.

1) El primer fragmento es de barro negro, sin tamizar, con abundancia de partículas de cuarzo añadidas a la pasta. Fué modelado y repasado

a mano; el borde, ligeramente vuelto, reforzado en arista y alisado con algún esmero. Exteriormente se halla revestido de una capa de arcilla de la misma coloración, y el interior, por su finura lograda al contacto con un molde bien pulido, nos revela el sistema de elaboración modelando los recipientes sobre frutos acalabazados que, al ser cocidos al fuego y destruirse la materia vegetal, quedaban en la forma de tendencia esférica.

2) De barro negro más cuarzo granulado. Todo él elaborado a mano y de cocción defectuosa. La pasta ordinaria se ve revestida de una capa más fina y la convexidad, desde cerca del cuello, aparece retocada torpemente con espátula. Debajo del borde reforzado corre una faja decorativa en zigzag, trazada con punzón agudo sobre el barro tierno.

3) Elaborado a mano sirviéndose de molde interior. La masa tosca y grisácea se halla revestida interior y exteriormente de una capa de barro siena claro. La superficie exterior burdamente retocada con espátula cortante y debajo del borde elemental, algo aguzado en el remate, aparece un vástago de barro curvo con incisiones oblicuas que le dan aspecto de cordón en forma de asa. La boca de esta vasija mediría 21 cm. de diámetro.

4) De barro negro sin tamizar, revestido de otro más fino; elaborado sirviéndose de molde interior. Borde ligeramente vuelto, sin refuerzo, pulido exteriormente, a mano, de arriba abajo, con decoración geométrica en forma de puntas de sierra.

5) Corresponde este fragmento a un pequeño recipiente de unos 12 cm. de diámetro en la boca. Todo él elaborado a mano con barro carbonoso sin tamizar. Se ciñe al cuello un resalte con toques incisivos oblicuos, imitando un cordón.

6) Barro gris, mezclado con cuarzo menudo revestido de una capa fina de coloración rosácea. Elaborado sobre molde interior, borde reforzado y ligeramente remetido después de vuelto. El cuello, recorrido por decoración de doble zigzag, combinado en rombos, realizado con instrumento agudo y cortante.

7) Se repite en este ejemplar la elaboración sobre molde vegetal. Pasta de composición parecida a la anterior, aunque más negra; borde reforzado en doble arista y decoración geométrica en rombos.

8) Fragmento de barro sepia; totalmente elaborado a mano; la basta superficie afinada con arcilla rojo amarillenta. Decoración igual a las anteriores.

9) Pasta grisácea oscura con partículas de cuarzo, revestida de fina capa anaranjada, borde reforzado, elaborado sobre molde y decoración en zigzag arqueado, hecho con punzón romo.

10) Barro negro y cuarzo, totalmente modelado a mano; coloración gris en la capa de revestimiento decorada como las anteriores.

11, 12 y 13) Trozos de cuencos ligeramente convexos; barro grisáceo mezclado con cuarzo y calizas, interiormente pulida la basta superficie con arcillas de tonos rojizos. Los primeros, espatulados en la cara externa; el último, pulido a mano.

Los ejemplares descritos nos suscitan recuerdos neolíticos en la tosca cerámica de vástagos acordonados incisos, recorriendo el cuello de la vasija

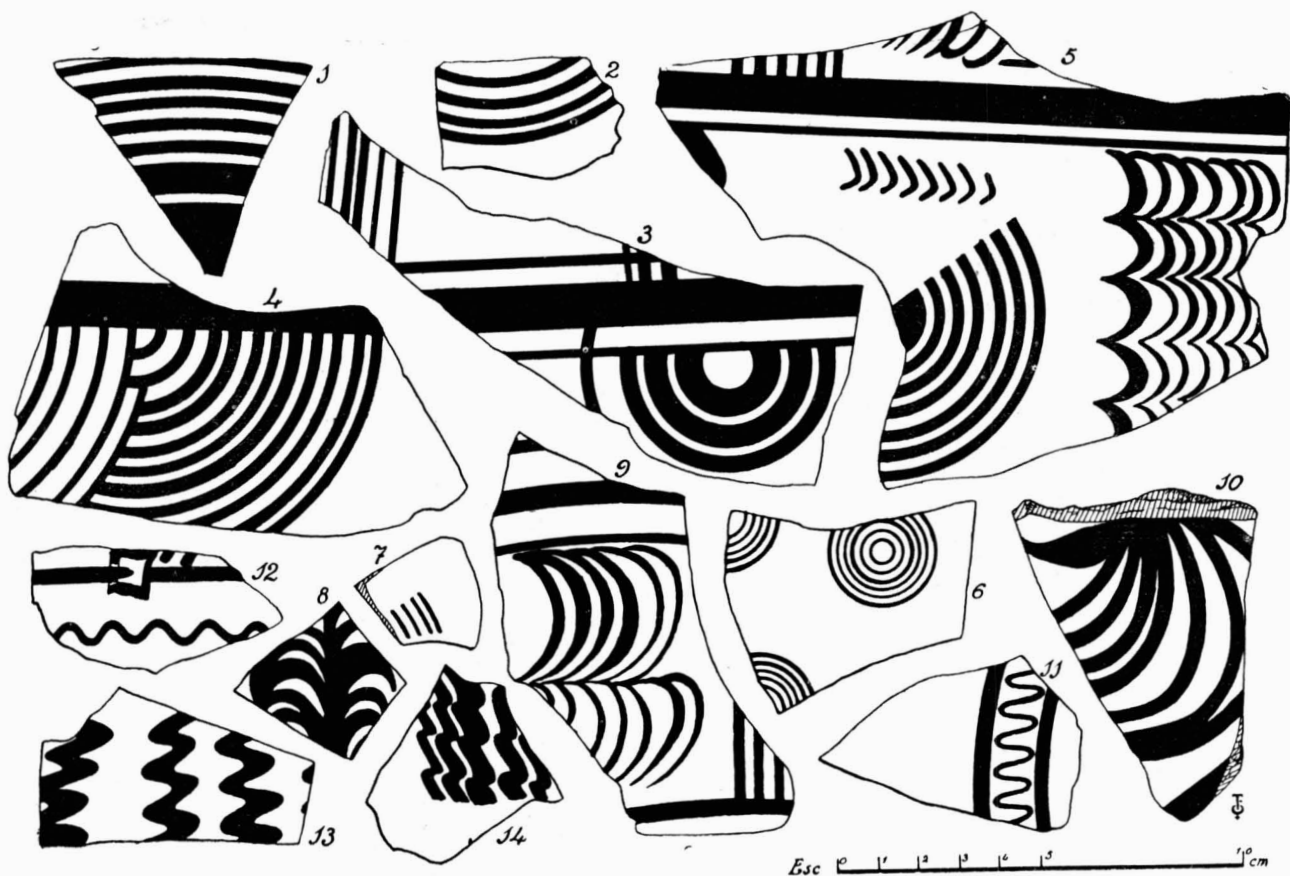


Fig. 3. — Fragmentos de cerámica pintada ibérica del «Castellillo»

o decorándola en forma de asas y guirnaldas al estilo de la cultura de las cuevas. Existen peculiares facetas de aspecto indígena en el sistema constructivo, en el que parecen converger influencias diversas, y no faltan caracteres degenerados de estilo hallstático, propios de la primera Edad del Hierro.

En contraste con la serie descrita de arcaicos productos cerámicos de barro ordinario y torpe ejecución, se nos presentan otras en que los artífices acreditan conocer ya el molido pulcro de tierras y la práctica de sedimentación de las pastas, con objeto de conseguir la máxima plasticidad en las mismas. Esto, unido al progreso que supone en el arte cerámico la aplica-

ción del torno, hace que se produzcan bien pronto y con profusión, vasijas de formas elegantes, gruesos mínimos y superficies pulidas, a propósito para la decoración con pincel.

Estamos ante la cerámica propiamente ibérica, cuyos restos, en abundancia no igualada por los hallazgos de otros estilos autóctonos o importados, aparecen, según dijimos, dispersos por el área del poblado.

Son frecuentes los trozos de enormes tinajas para el agua, con dos asas pequeñas y resistentes, sencillas o pareadas, colocadas en sentido vertical cerca del borde.



Fig. 4. — Motivos diversos en fragmentos de cerámica ibérica

Alternan con éstos los correspondientes a grandes y selectos vasos, jarras, pucheros, platos, cazoletas, tazones, escudillas, morteros, tarros... de todas las dimensiones imaginables, cuya fabricación se llevó a efecto con perfección técnica, utilizando arcillas puras de tonos grisáceos y rojo amarillento.

Sus formas varían extraordinariamente desde el tipo genuinamente ibérico, de simple estructura cilíndrica o troncocónica, a los de tendencia esferoidal y mixta en todas las modalidades comúnmente usadas en la vida de aquellos tiempos.

Los perfiles acusan tan notable variedad, que nos han permitido reconstruir en algún caso, dentro de una misma serie, la evolución de las formas, desde las más simples y elementales a las más delicadas y complejas. (Fig. 2.)

Igualmente se acusa el avance técnico logrado por los alfares de la región a través de la diversidad de asas simples, pareadas, cilíndricas, planas, acanaladas simplemente o con gallón sogueado superpuesto al estilo de las cráteras de Azaila, y colocadas, según los usos de la vasija, en posiciones verticales, horizontales y de forma recta o curvada.

La pintura preparada a base de óxidos de hierro, dentro de la monocromía en su aplicación, presenta una variada gama, desde el rojo anaranjado hasta el tono castaño oscuro, siendo esta coloración tan generalizada, la de uso más frecuente.

Por excepción han aparecido dos ejemplares policromados: el uno corresponde a delicado recipiente de barro sepia, y se decora con bandas de líneas finas anaranjadas, limitadas longitudinalmente por otras más gruesas de tono marrón; el otro, de igual calidad, lleva una serie paralela de grises, una línea carminosa y algunas más, azulado pálidas, hasta llenar el fragmento.

En esta cerámica no es común el uso de la pintura, y entendemos que al incrementarse la producción, se restringe el decorado de gran estilo, aplicándose solamente a determinados ejemplares. Son numerosos los fragmentos que no acusan decoración alguna, y no pocos los que solamente la presentan en fase mecanizada y decadente.

Los temas empleados son los típicamente ibéricos generalizados en los ejemplares de mayor pureza de estilo. Poco a poco se van observando variantes en las que actúan diversas corrientes culturales, predominando las influencias del SE. español que, en su evolución artística, llegarían por la costa levantina hasta la desembocadura del Ebro, para adentrarse en el Bajo Aragón y difundirse por toda la zona de serranías y valles turolenses.

En sucesivas láminas reproducimos los ejemplares más representativos de nuestros hallazgos, de algún valor documental en el momento en que la cerámica ibérica trata de agruparse estilística y geográficamente por círculos tribales o étnicos.

Como puede observarse, la línea recta entra a formar parte de la decoración, distribuyendo los espacios, enmarcando escenas, ampliándose en fajas de rodeo de grueso variable según el efecto del claroscuro apetecido, y llegando, en algún caso, al estilo de algunos ejemplares numantinos, a constituir por sí sola, en sobrias composiciones, motivos únicos de la decoración. (Fig. 4, n.º 1.)

En gran profusión se emplean las líneas y coronas circulares apoya-

das en fajas rectas ordenadas alrededor de la vasija, a veces con efecto de superposición o constituyendo aisladamente agrupaciones concéntricas que varían desde pequeños segmentos hasta series de círculos completos. (Figs. 3 y 5.)

La línea ondulada viene a asociarse con motivos ornamentales, encontrándose tratada con delicadeza y buen sentido, cuando se emplea en com-



Fig. 5. — Fragmentos de cerámica ibérica

binación con rectas, y perdiendo finura decorativa cuando se traduce en fajas ondulantes paralelas trazadas con cierta desenvoltura.

Los motivos vegetales entran a formar parte de algunas composiciones en que intervienen temas de flora meridional y levantina en diversos grados de estilización, consistentes en palmas de tallo recto coronado por un penacho de arqueadas ramas; plantas sin ramas con exuberante follaje carnoso y palmitos con agudas hojas caídas en forma de abanico. (Fig. 3, n.º 5, 8, 9 y 10, y fig. 4, n.º 3 y 6.)

Otros elementos esquematizados aparecen, tales como agrupaciones ordenadas de curvas semilunares, series de líneas quebradas en espiga, y algunos trazos tan fragmentados que hacen difícil su interpretación. (Fig. 9, n.º 5.)

Hemos observado en ciertos ejemplares destinados a la decoración con escenas, que la pintura empleada sobre sus afinadas superficies ha fundido defectuosamente, habiéndonos sido imposible reconocer algunos dibujos. En los fragmentos en que predominan las combinaciones lineales, bien sea por la calidad del barro, sistema de cocción o por la pintura empleada, se encuentran las figuras mejor conservadas.

En un breve rellano de la vertiente NE. del Castellido, muy cerca de la cumbre, dimos con un fragmento tan ricamente decorado que nos animó a explorar con más detenimiento los sedimentos terrosos limítrofes. Un segundo ejemplar, continuación del primero, vino a completar y ampliar las interesantes escenas pintadas en los mismos, y a darnos una idea bastante exacta del espléndido vaso ibérico a que estos fragmentos pertenecen. (Lám. III, B.)

Su perfil acusa, bajo airoso gollete, forma cilíndrica o ligeramente troncocónica, siendo el diámetro en la boca de 37 cm. aproximadamente. Ejemplares de estructura idéntica han sido hallados en los distintos poblados ibéricos de la Tierra Baja. La perfecta elaboración se hizo a torno con fina arcilla rosácea, bien pulida en la superficie para el fácil manejo del pincel sobre la misma. La pintura, de tono castaño acarminado, se destaca sobre el color natural del barro. La técnica se reduce al relleno del contorno de las figuras, dándoles aspecto de siluetas con escasos detalles internos. Los temas lineales se desarrollan con trazo uniforme y, por excepción, acusan gruesos y perfiles en determinadas curvas.

Los elementos decorativos ocupan totalmente la superficie visible, incluso la cara interior del cuello del vaso, acusando el *horror vacui* en el arte cerámico de los pintores ibéricos.

El conjunto revela una gran libertad en la composición; el autor no se aviene con los cánones de la exposición de temas alineados y superpuestos ordenadamente, y los sitúa en posiciones, tamaños y planos diversos, con gran dominio del dibujo y claro sentido de la composición. (Lám. III, B.)

Comienza a trazarse la decoración en la parte superior interna del curvado gollete, con repetición de motivos clásicos desarrollados en cenefas, en las que, series de postas realizadas con inusitada perfección y dientes de lobo, ocupan esta zona hasta el borde.

La superficie externa se orla, en primer término, con una cenefa de motivos vegetales que representan frutos fusiformes con vástagos intermedios; a ésta sucede otra de dientes de lobo apoyados en el bordé del gollete del vaso, delimitándose ambas por líneas paralelas de rodeo.

En la amplia zona central de la superficie del vaso, la figura humana, tratada con dignidad y decoro, es el tema principal de la composición,



Fig. 6 — Detalle de la escena del cazador en el vaso ibérico de Alloza

entrando a formar parte de la misma diversos elementos figurativos, para complemento de la escena o simplemente como motivos de relleno.

De izquierda a derecha, se destacan en primer lugar dos esbeltas figuras humanas, quizá hombre y mujer, sin atavío corporal alguno. Contrasta el vigor de su tronco y extremidades inferiores con la delgadez de sus raquíticos brazos. Ambas corren a enfrentarse con el antebrazo en alto, componiendo estas imágenes una escena ritual frecuente en la decoración ibérica, ya que se encuentra otra similar en un vaso de Azaila, teniendo ambas su paralelo en la placa de cobre repujada procedente del Santuario del Collado de los Jardines, en Despeñaperros, y en la actitud de numerosas figurillas esculpturadas de guerreros e ídolos de la época.

Aunque fuera de lugar, por no carecer de interés, consignamos el dato de que esta misma escena se reproduce en el fragmento de un vaso romano de *terra sigillata*, hallado por nosotros en la exploración realizada en el despoblado de «El Patín», en el término de Estollo (Rioja).

Las figuras humanas del vaso de Alloza difieren de la reposada actitud ritual de sus similares, por su acentuado dinamismo, y coinciden igualmente en interponer en posición vertical un elemento decorativo, que en este caso es un gigantesco fruto fusiforme. Roto el vaso en el arranque de los vástagos, queda mutilada e interrumpida la composición en su parte superior.

El espacio existente entre las aludidas figuras humanas y el tema de separación entre ambas, se halla graciosamente relleno con dobles espirales de gruesos y perfiles inversamente unidos en forma de eses, y enlazadas en la parte inferior por finos trazos ondulantes que convergen hacia una flor de cuatro pétalos lanceolados, en forma de aspa. Quedan en el extremo izquierda dos pétalos seccionados, de igual tema floral, y entre los pies de la primera figura se destaca una ave de perfil con alas explayadas, interpretadas con simples trazos quebrados en su arranque. El ojo del ave se dibuja en el bien centrado círculo de la cabeza; dos claros semilunares superpuestos animan la coloración uniforme a la altura del cuello, y en el extremo de la larga cola se dibuja un claro, curvilíneo. Sigue rellenando este conjunto, idéntica flor con cuatro pétalos simétricamente dibujados, debajo de la otra figura humana.

A la derecha, de espaldas al grupo descrito y con idéntico sentido figurativo, aparece la composición más expresiva y dinámica que conocemos del arte ibérico. La escena representa un cazador que, corriendo hacia su casa, esgrime la lanza y parece pregonar su presa, consistente en un lobeño de abiertas fauces, que conduce con fuerte cadena atada al cuello, el cual, en fiera actitud rampante, se resiste a seguir al cazador. Delante, un can galgueño, de finas patas y orejas erguidas, como seguro partícipe en la ha-

zaña, salta contento a la puerta de la vivienda, interpretada por un rectángulo con reticulado uniforme de paralelas. Sobre ésta, una serie de minúsculos trazos parece indicar la parte visible al frente del ramaje de la cubierta, concordando ambos, en su esquematismo, con el elemental sistema constructivo de la época.

Produce singular encanto el realismo de esta escena, que recoge un episodio local quizás vivido o presenciado por el pintor ceramista. En la figura 6 desarrollamos totalmente la zona del vaso en que se halla encuadrada la escena, para que pueda apreciarse en todo su valor, tanto artístico como arqueológico.

Continúa el pintor invadiendo los espacios vacíos entre las figuras fundamentales, y a la amplitud y forma de aquéllos va adaptando, con seguridad de trazo y absoluta libertad, nuevos elementos de su acervo artístico.

El espacio existente entre el cazador y la vivienda es ocupado por una gallinácea portadora en el pico de un insecto de cuatro patas, de grueso abdomen. Sus alas explayadas se interpretan a base de trazos únicos que se quiebran en doble ángulo cerca del punto de arranque. El dibujo se anima interiormente por el efecto del claroscuro logrado en el vacío circular del ojo; en los claros, semilunares dejados a compás del mismo a la altura del cuello y, sobre todo, por el óvalo, libre de pintura, adaptado al cuerpo del ave, cruzado por cuatro líneas longitudinales brevemente onduladas. Su precedente inmediato lo encontramos en similares temas de un vaso de Azaila.

Arrancando de la línea inferior de la cenefa del cuello, se intercalan zarcillos espiraliformes simples o ramificados. Sigue a éstos, entre las dos escenas humanas a la altura de las recortadas y crespas cabelleras, un motivo vegetal muy usado en los ejemplares azailenses para composiciones seriadas de orlas y cenefas en muy diverso grado de estilización. Consiste en doble vástago que partiendo con breve curva de la misma línea que los anteriores, diverge poco a poco para cumplir su misión de relleno, terminando fusionados como dobles cayadas hacia su remate curvado en espiral.

El vástago inferior se ensancha con decreciente bulbo relleno, obteniéndose un caprichoso conjunto parecido a la cabeza y cuello de una ave prolongado en disminución. La serie lineal de pequeños trazos que avanzan más allá de las cayadas, y que en las buenas composiciones de Azaila consigue un armonioso efecto de medias tintas, al emplearse aislado pierde su rítmica función de conjunto y se desvía, degenerando aquí en simple aplicación de relleno.

Sin duda alguna, este discutido elemento decorativo fué muy visto por el pintor ceramista en los mejores ejemplares de Azaila y, a su vez, los artistas que decoraron éstos se inspirarían probablemente en motivos florales más realistas de la cerámica de Elche-Archena y de otras localidades

del SE. español. Otro tanto diríamos de los espirales contrapuestos y perfectamente ejecutados debajo de la figura anterior.

Adaptándose al espacio comprendido entre el cazador y el lobezno, se interpreta, con trazo seguro y fácil, una ave zancuda, esquematizada, que nos da idea de las grullas emigrantes.

En la parte inferior de este grupo de figuras, aun se adivina una serie de cuatro espirales con gruesos y perfiles que, por terminar aquí el fragmento del vaso, no nos permite ver el efecto pretendido en la composición.

Queda, a la izquierda, el extremo alargado en horquilla de la cola de un pez, y, a la derecha, se dibujan estilizaciones de la hoja y tallo de hiedra, que si tanto evolucionan y se transforman hasta convertirse en símbolos de aves y cuadrúpedos a través de diversas manifestaciones de la pintura ibérica, aquí se desintegran para constituir los tallos una especie de dardo con cada uno de los lóbulos.

Por último, en la zona que nos queda hacia la base, aparecen las cabezas contrapuestas de dos grupos lineales en espiral, de grueso contrastado; la horquilla de la cola del pez, y, entre ésta y la anteriormente señalada, una línea de puntos en idéntica dirección.

Es indudable que el artista decorador del vaso de Alloza conoció los ejemplares producidos en los mejores alfares de la región y asimiló cuanto había visto para crear un arte propio, de dinamismo comparable con las escenas realistas de los vasos clásicos, o de las pinturas rupestres de las estaciones próximas. La perfección lograda en el dibujo representa, a nuestro entender, el máximo esplendor a que pudo llegar el arte ibérico en la interpretación de escenas de esta índole, ya que en ellas todo vibra, se mueve y revela vida intensa.

En varias ocasiones hemos aludido a temas azailenses tratados con más o menos fidelidad en el vaso de Alloza. No obstante esta influencia, hemos notado que el arte de Azaila, extendido con su peculiar estilo a otras estaciones coetáneas del Bajo Aragón — aparte de escasos indicios en los incompletos dibujos de algunos fragmentos —, no se encuentra categóricamente representado en los ejemplares por nosotros hallados y solamente en los excepcionales vasos que con figuras humanas, lobos y otros motivos faunísticos clasifica Cabré como del período F, en el *Corpus Vasorum Hispanorum*, de Azaila, hemos creído encontrar un claro precedente.

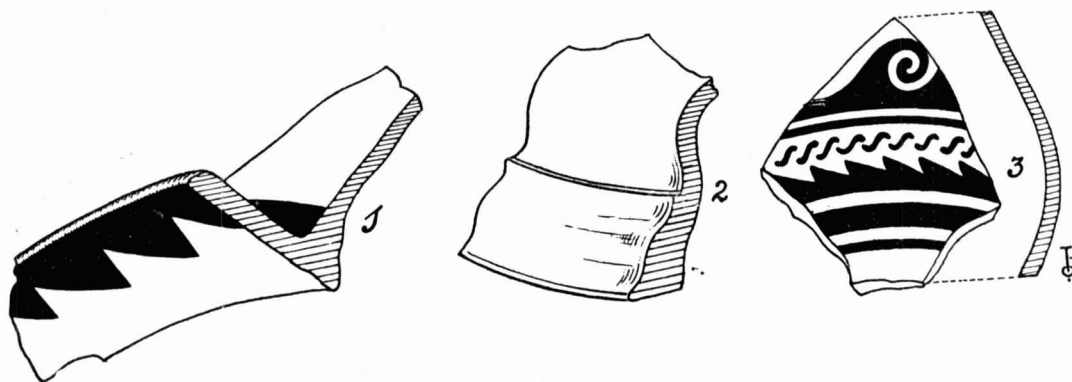


Fig. 7. — Fragmentos cerámicos

Dentro de los estilos de simple decoración lineal, dos ejemplares de vasijas mediadas presentan, sobre o debajo de la franja, hacia la máxima convexidad, menudas estrías parecidas a delicados toques de espátula; pero que por su gran simetría y regularidad cabe suponer fueron ejecutados con molde de ruedecilla. Esta innovación técnica serviría para manejar con más facilidad la vasija.



Fig. 8. — Palmeta estampillada de un plato campaniense (aumentado dos veces y media)

Varios restos de tazones del mismo alfar ofrecen la particularidad de haber sido decorados interiormente con tres bandas paralelas, más gruesa la del centro, a partir del fondo, y con otra aislada hacia la mitad de la superficie. (Fig. 5, n.º 4.)

Por su especial tipología, agrupamos en la figura 7 tres fragmentos elaborados con barro fino de color siena natural. El señalado con el n.º 1 puede pertenecer a la boca de un raro ejemplar, o más bien a la base de un portalucernas. La corona circular de apoyo presenta, desde el borde externo, decoración dentada, y el arranque del fuste se anima con una cinta de rodeo.

El n.º 2, en forma de copa invertida, corresponde al apoyo de un portalucernas moldurado según la sección visible del dibujo, y el n.º 3 reproduce un fragmento curvado de la caña, de parecido ejemplar, que ostenta rica decoración de gusto clásico, consistente en varias franjas superpuestas a base de líneas de distintos gruesos, dientes de lobo, eses y postas.

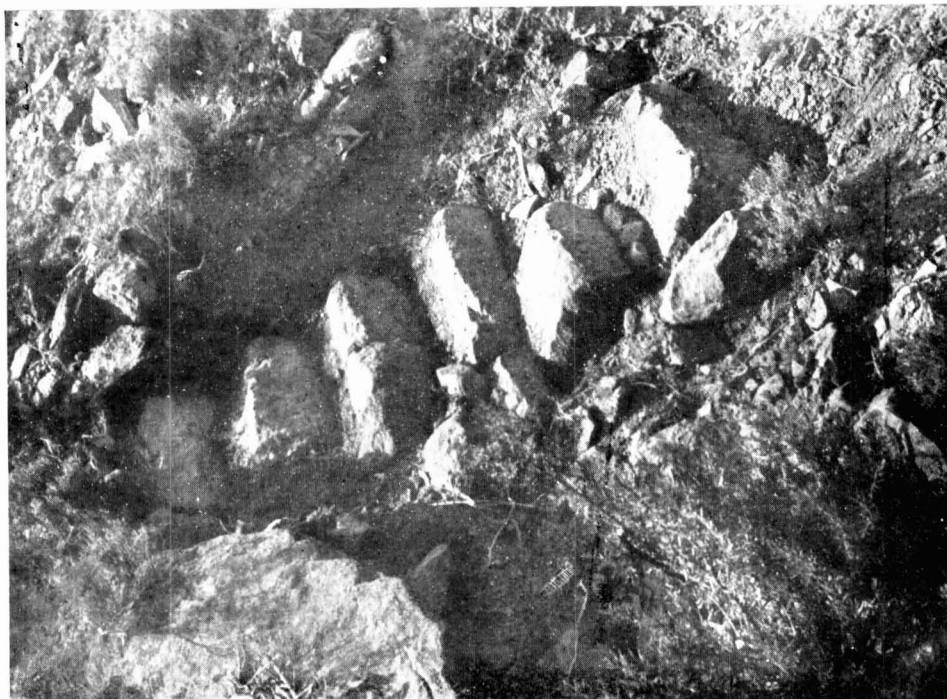
De cerámica importada hemos reconocido el trozo de un gran plato de estilo campaniense. Su característica fabricación se llevó a cabo con arcillas bien preparadas, de color grisáceo amarillento, dando un perfil grueso, de poco fondo, con pronunciado resalte en la base. Se halla totalmente



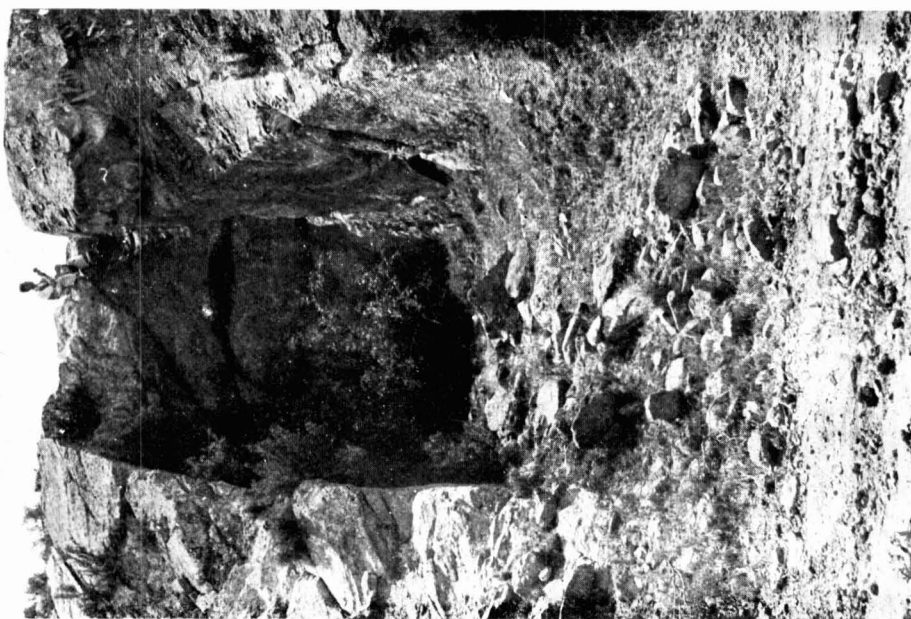
A, El «Castelillo», visto desde el sur



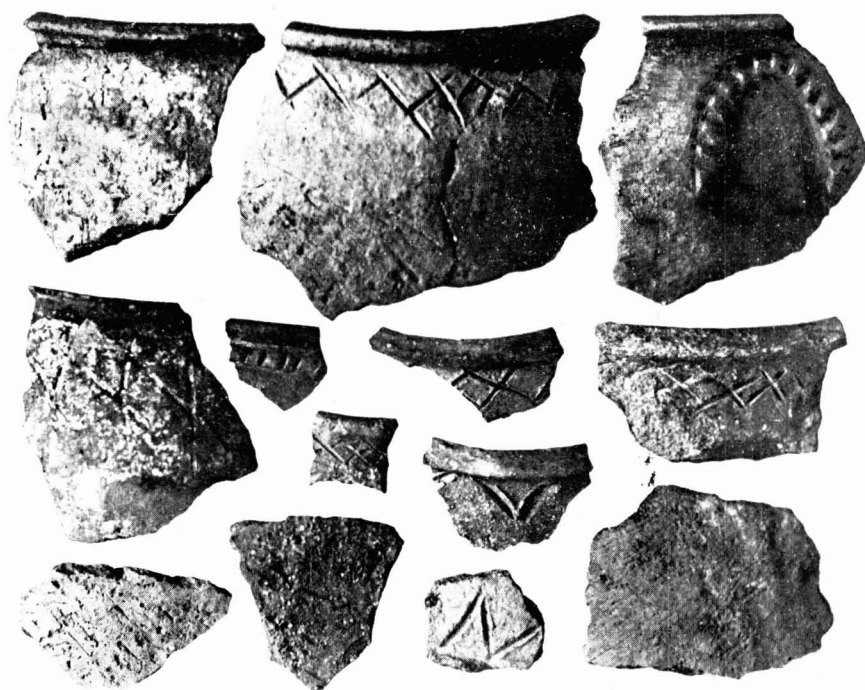
B, El «Castelillo» de Alloza, desde el noroeste



B, Escalera descubierta en la ladera norte del «Castellillo»



A, Corte practicado en la roca arenisca de la ladera norte del «Castellillo»



A, Cerámica a mano



B, Vaso con escenas humanas



Figs. 1, 2 y 3, *Pondus*; 4, fragmentos de hoja de espada (hierro); 5, trozo de estatuilla de barro; 6, fragmento de vasija; 7, 8, 9, 10 y 11, loscos de sílex.

barnizado de negro brillante, y al interior ofrece cuatro estampillas ovoides, representando, en primoroso relieve, la clásica palmeta estilizada. Por considerar este detalle como documento digno de tenerse en cuenta al hacer el estudio cronológico de estos hallazgos, lo reproducimos en la fig. n.º 8.

Dichas estampillas se hallan colocadas simétricamente en cruz, hacia el fondo del plato, a una distancia diagonal de 5'5 centímetros.

Otros pequeños fragmentos del borde de un plato semiplano de barro rojizo aparecen, como el anterior, pintados con fina capa de barniz negro brillante, acusando igual procedencia.

Ordenamos en grupo aparte varios fragmentos de coloración gris oscura, pertenecientes a grandes vasijas, jarras de varios perfiles, tazones de sencillos bordes lisos y platos con bordes vueltos de diversa curvatura, por excepción remitidos al interior en los ejemplares de poco fondo.

La excelente pasta con que, en fase muy evolucionada de la técnica, han sido fabricados, y el conocimiento de su perfecta cocción, explica sea este lote el que presenta las vasijas de paredes más delgadas, aun en los ejemplares de mayor volumen; carecen de decoración y, excepcionalmente en fragmentos de un amplio cuenco, se observan tres líneas gruesas de color oscuro bastante espaciadas, que rodean paralelamente la base del cuello. (Fig. 5, n.º 5.) En determinados casos se ha conseguido, por pulimento del barro, una pátina semibrillante. Provisionalmente, consideramos esta cerámica como producto indígena de tardía imitación campaniense.

La más destacada representación plástica la encontramos en el mutilado torso de una estatuilla de barro sepia, profusamente ornamentada con huellas circulares de punzón, alineadas en forma de simplificado indumento. Es muy posible pertenezca este singular hallazgo a la escultura de un ex-

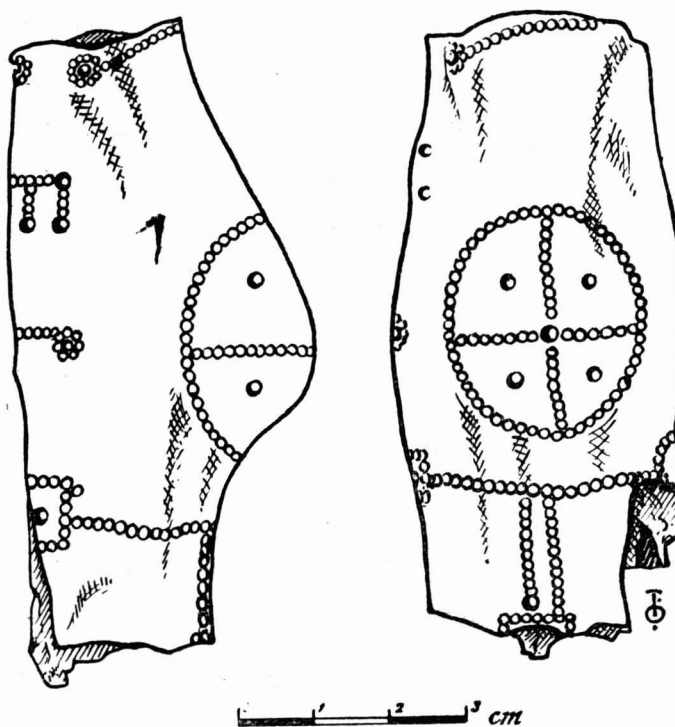


Fig. 9. — Fragmento de estatuilla de barro cocido del poblado del «Castelillo»

voto, o quizá interprete la divinidad femenina protectora del hogar, ambos frecuentes en el sector cultural mediterráneo, como reflejos de vida espiritual. (Fig. 9.)

Hemos de añadir, a las series de objetos descritos, tres ejemplares de pesas de telar incompletas, del tipo usual en la región, de barro cocido y con dos simétricos orificios para las cuerdas de suspensión. La base superior de una de ellas se ve decorada con diagonales trazadas a base de incisiones hechas con agudo punzón triangular. Esta modalidad fué usada, con distintas combinaciones, en similares *pondus* de Azaila. (Lám. IV, números 1, 2 y 3.)

No carecen de interés los esporádicos hallazgos de pequeñas lascas blanquecinas de sílex sin huellas de retoque, algunas carentes de forma, determinada como producto de desbastamiento, y otras puntiagudas, con algún borde más o menos cortante, cuya forma y caracteres acusan una posible utilización práctica. (Lám. IV, n.º 7, 8, 9, 10 y 11.)

En objetos de metal, solamente se han ofrecido a nuestra investigación, corroídos, trozos de hierro claviformes y tres fragmentos de hoja de espada plana, uno de ellos con indicio de orificio para pasador transversal. (Lám. IV, n.º 4.)

Los objetos materiales reseñados son bastante expresivos para poder esbozar el nivel de vida alcanzado en sucesivos períodos culturales por este pueblo de agricultores sedentarios, nacido al amparo de los enriscados refugios naturales.

En su mayor apogeo, bien entrado el siglo I antes de J. C., se vería sorprendido por las campañas de Sertorio, viviendo las vicisitudes de aquellas belicosas contiendas.

Posiblemente, sus habitantes fueron reducidos por la pujanza de las armas y el poblado batido y dominado a costa de su incendio y total destrucción. Hasta aquí el resultado de nuestras breves exploraciones.

Unas horas sobre el despoblado no nos ha permitido llegar a conclusiones de mayor alcance. El Castelillo de Alloza requiere una amplia y metódica excavación. Entonces será cuando, en sus niveles de procedencia, puedan traducirse con más seguridad los hallazgos.

Lo realizado y expuesto en las páginas que anteceden, no pretende ser otra cosa que breve guía y modesto anticipo de lo que, bajo el manto trágico de un incendio, queda soterrado e inédito.